



VENID A ADORARLE

MARZO 2013



MISIÓN MADRID

Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro incienso al Sacramento.

1. Canto para la Exposición

*Véante mis ojos, dulce Jesús bueno;
véante mis ojos, muérame yo luego.*

*Vea quien quisiere rosas y jazmines,
que, si yo te viere, veré mil jardines;
flor de serafines, Jesús Nazareno,
véante mis ojos, muérame yo luego.*

*No quiero contento, mi Jesús ausente,
pues todo es tormento a quien esto siente;
sólo me sustente tu amor y deseo,
véante mis ojos, muérame yo luego.*

2. Lectura de un texto bíblico

Del evangelio según san Juan

Lucas 8, 1 -11

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba.

Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron:

- «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?»

Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo.

Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo.

Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo:

- «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.»

E inclinándose otra vez, siguió escribiendo.

Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos.

Y quedó solo Jesús, con la mujer, en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó:

- «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?» Ella contestó:

- «Ninguno, Señor.»

Jesús dijo:

- «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más.»

3. Oración en silencio

4. Canto

Oh Señor, yo no soy digno
de que entres en mi morada (x3),
mas di una sola palabra, mas di una sola palabra
y mi alma quedará sana, quedará sana (x3).

5. Lectura de un texto de San León Magno

De la Homilía 7 sobre la Cuaresma

Para comprender más completamente cuáles son las notas por las cuales debemos tender hacia los bienes prometidos por Dios, escuchemos las enseñanzas del profeta David: *Todos los caminos del Señor son la misericordia y la verdad (Sal 24,10)*. La norma por la que los fieles deben conducirse viene del ejemplo de las buenas obras. Rectamente exige Dios la imitación de sí mismo a los que creó a su imagen y semejanza. En realidad, no entraremos en el honor de su gloria sino en cuanto se encuentre en nosotros la misericordia y la verdad. Por ellas, efectivamente, ha venido el Señor a los que quería redimir; por ellas los redimidos deben apresurarse hacia su Redentor, de modo que la misericordia de Dios nos haga misericordiosos, y su verdad veraces. Así como el alma justa camina por la senda de la verdad, del mismo modo el alma buena va por la vía de la misericordia. Sin embargo, estos caminos no se separan jamás, como si cada uno de estos bienes deba ser buscado por caminos diferentes y como si crecer en misericordia sea una cosa y progresar en la verdad otra. El que es extraño a la verdad no es misericordioso, ni es capaz de justicia el que es ajeno a la misericordia. Quien no es rico en estas virtudes no practica ninguna de ellas. La caridad es el vigor de la fe, y la fe es la fuerza de la caridad. Las dos encuentran su verdadero nombre y su verdadero fruto cuando su unión parece indisoluble. Donde no están juntas faltan las dos, porque recíprocamente se ayudan y se iluminan hasta que la recompensa de la visión satisfaga el deseo de la fe e incommunicablemente se vea y se ame lo que ahora no se ama sin fe y no se cree sin amor. Como dice el Apóstol: *En Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino la fe que obra por la caridad (Gal 5,6)*. Por eso apliquémonos al mismo tiempo y conjuntamente a la caridad y a la fe, pues en ellas tenemos el vuelo eficazísimo de dos alas que elevan al alma pura hasta merecer ver a Dios, para que no sea deprimida por el peso de los cuidados carnales. Pues el que ha dicho: *Sin la fe es imposible agradar a Dios (Hb 11,6)*, dice también: *Aunque tuviera la plenitud de la fe, capaz de transportar las montañas, si no tengo caridad, no soy nada (1Cor 13,2)*. Por eso, para reservar a los divinos misterios de las solemnidades pascuales el honor que les es debido, procuremos con mayor interés estas dos cosas, en las cuales se encuentra la enseñanza de todos los preceptos y por las cuales cada fiel viene a ser un sacrificio y un templo de Dios al mismo tiempo. Aplíquese la fe a esperar lo que cree. Aplíquese la caridad a hacer favorable lo que ama. Una y otra son propiedades del que ama. Una y otra son propias del que cree. Unámonos, por la imitación del amor, al que nos sometemos por la sumisión de la inteligencia. Esta es la voz de Dios: *Sed santos, como santo soy yo (Lev 19,2)*. Y ésta es la palabra del Señor: *Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso (Lc 3,36)*.

6. Oración en silencio

7. Preces

Oremos a Cristo, el Señor, que nos dio el mandamiento nuevo de amarnos los unos a los otros, y digámosle:

Acrecienta, Señor, la caridad de tu Iglesia.

- Maestro bueno, enséñanos a amarte en nuestros hermanos y a servirte en cada uno de ellos.
- Tú que en la cruz pediste al Padre el perdón para tus verdugos, concédenos amar a nuestros enemigos y orar por los que nos persiguen.
- Señor, que la participación en el misterio de tu cuerpo y de tu sangre acrecienta en nosotros el amor, la fortaleza y la confianza, y dé vigor a los débiles, consuelo a los tristes, esperanza a los agonizantes.
- Señor, luz del mundo, que por el agua concediste al ciego de nacimiento que pudiera ver la luz, ilumina a nuestros catecúmenos por el sacramento del agua y de la palabra.
- Señor, da a todos los que participamos en la Misión Madrid un espíritu de caridad viva para dar a conocer a nuestros hermanos el amor que les tienes.
- Concede la plenitud de tu amor a los difuntos, y haz que un día nos contemos entre tus elegidos.

Padre nuestro

Oh Cristo, tú eres el origen y el autor del amor puro,
te pedimos que nos concedas la abundancia de tu paz
durante nuestras prácticas cuaresmales,
de manera que te agrademos por el ayuno
y deseemos poder estar unidos a ti.
Porque tú eres nuestra paz,
caridad indivisible;
que vives y todo lo gobiernas
por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

Al acabar la adoración, el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla y se arrodilla; a continuación se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado incienso al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

8. Canto eucarístico

*Donde hay caridad y amor,
allí está el Señor, allí está el Señor.*

- 1.- Una sala y una mesa, una copa, vino y pan,
los hermanos compartiendo en amor y en unidad.
Nos reúne la presencia y el recuerdo del Señor,
celebramos su memoria y la entrega de su amor.
- 2.- Invitados a la mesa del banquete del Señor,
recordamos su mandato de vivir en el amor.
Comulgamos en el Cuerpo y en la Sangre que él nos da,
y también en el hermano, si lo amamos de verdad.
- 3.- Este pan que da la vida y este cáliz de salud
nos reúne a los hermanos en el nombre de Jesús.
Anunciamos su memoria, celebramos su pasión,
el misterio de su muerte y de su resurrección.

9. Oración

Oremos.
Que los sacramentos
con los que te has dignado restaurarnos, Señor,
llenen de la dulzura de tu amor nuestros corazones
y nos impulsen a desear las riquezas inefables de tu reino.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

10. Bendición y reserva

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.

11. Aclamación

Ubi caritas et amor,
ubi caritas, Deus ibi est.